

tenebrosa á ser escolta de un príncipe, que se llamaría Emperador de México.

Como ante la dictadura, en los días gloriosos de Ayutla; como ante la reacción, después de la catástrofe estruendosa del golpe de estado; Juárez se irguió ante la alianza tripartita, recogiendo con la digna serenidad del que confía en la justicia de su causa, el guante arrojado á la faz de la República por las tres poderosas Naciones que habían consentido en ser ejecutoras de las ruines miras de un puñado de aventureros. La nueva lucha en defensa de la autonomía de México fué inaugurada por un triunfo diplomático en los tratados de Soledad, que aislando de la acción común á los Gobiernos de España y de Inglaterra, dejó solo frente á nuestra nacionalidad amenazada al verdadero sostenedor de la camarilla reaccionaria, al Jefe de la Nación más amante de la libertad al César Francés. La invasión cobró las primicias de su atentado en el descalabro de Puebla; pero desechos los elementos de la defensa en el sitio de la misma Puebla y en la adversa jornada de San Lorenzo, avanzó triunfadora, empujando ante sus huestes al Gobierno de la República. Juárez emprendió nueva odisea á través del territorio mexicano, nuevamente destinado á fertilizarse con sangre, llevando á todas partes el aliento de su fé y su confianza en el triunfo. A su voz los pueblos se aprestaron con entusiasmo á la lucha; exangües, extenuados, empobrecidos por largos años de guerra civil, supieron encontrar en su amor á

la Patria la energía necesaria para resistir el empuje de la ola invasora, que no debería cubrir sino tierra empapada en sangre mexicana.

Nunca como entónces pudo palpase la influencia bienhechora de las nuevas ideas, ni apreciarse mejor la bondad de las instituciones nuevas. El pueblo que entre el fragor del combate había recibido las nociones elementales de su educación ciudadana, fué invariablemente fiel á la Constitución y el nuevo ejército nacional fué invariablemente fiel al Gobierno emanado de aquella ley suprema. Juárez, en su heroica peregrinación, llegó al confín más apartado del territorio y desde allí pudo mantener en todo el país el respeto debido á la autoridad de su Gobierno, alentar el vigor de la resistencia, formar centros de unión donde los azares de la guerra lo hacían indispensable, distribuir los elementos de combate entre esos centros y mantener la unión en los mexicanos todos con la influencia de su palabra que hacían doblemente respetable su alta investidura y el supremo peligro de la Patria.

No me detendré á pintar, por que me sería imposible, los grandiosos episodios de aquella titánica lucha, en que un pueblo semi desnudo, casi sin armas y muchas veces sin pan, disputó palmo á palmo la tierra bendita de la patria á un ejército verdaderamente imponente por su pericia, por su disciplina, por su glorioso renombre y por los formidables elementos de combate de que venía provisto. Los mexi-

canos todos conocen las peripecias de esa lucha gloriosa, esfuerzo supremo de nuestra nacionalidad.

A pesar de la resistencia, la invasión llegó á ocupar materialmente casi toda la extensión del territorio y cumpliendo los designios del Emperador de Francia levantó un trono en que vino á sentarse el infortunado Archiduque, Maximiliano de Hapsburgo. La erección del Imperio dió alientos á los partidarios de la intervención ya abiertamente convertidos en traidores; pero no pudo amenguar los bríos de los constitucionalistas que, sostenidos por el ejemplo admirable de Juárez, siguieron incansables en su empeño de defender hasta morir, las instituciones libres, la integridad y la autonomía de México.

La farza imperial había llegado al apogéo de su poder, apoyada por el ejército invasor y juzgando agotados los elementos de defensa de la República, decretó el exterminio de los patriotas, promulgando su famosa ley de 3 de Octubre, que declaraba bandidos y salteadores á los defensores de la causa constitucionalista, entregándolos al patíbulo, tras el juicio irrisorio de una Corte Marcial. Nueva ola de sangre iba á esparcirse por el ya inundado suelo mexicano; pero léjos de producir su efecto terrorífico esa demente algarada del Imperio enardeció el patriotismo y dió gigantescas proporciones á la defensa. Por entónces el Gobierno francés, obligado por la grito de sus propios nacionales, por las premiosas recomen-

daciones de los Estados Unidos, ó por la falta de esperanza en un triunfo definitivo, que había juzgado fácil y que amenazaba ser imposible, determinó retirar sus contingentes de México, sembrando el pánico en la camarilla imperial. Maximiliano comprendió que se hundía su imperio; pero los reaccionarios reclamaron el cumplimiento de las promesas imperiales, asegurando á su amo que tendrían un ejército y todos los elementos necesarios para el triunfo, logrando con esto que la lucha continuase. La imprevisión imperial había dejado extinguirse los regimientos reaccionarios, mas ante la urgencia de los sucesos alzó apresuradamente bandera llamando á su lado á los más conspicuos representantes del antiguo ejército de los cuartelazos, del que había proclamado con igual entusiasmo el imperio de Iturbide y la Constitución de 24, las siete leyes y el plan de Jalisco, la dictadura de Paredes y la de Santa-Ana; con estos elementos se improvisó el ejército imperial, que Maximiliano quiso mandar en persona, reconcentrándolo en Puebla, en Querétaro y en la Capital. El Gobierno Constitucional por su parte, que contaba con los Cuerpos de Ejército del Norte y de Occidente, de Oriente y del Centro, comandados por los Generales Escobedo y Corona, Díaz y Régules, concibió el plan de cercar á los imperiales y aniquilar de un golpe el imperio presente y las esperanzas de otro en el porvenir. A este plan militar y político que se había comenzado á desarrollar pacientemente, vino á coope-

rar la estrategia de los reaccionarios que, dejando un simulacro de Gobierno en México llevaron al titulado Emperador á encerrarse en Querétaro, con la esperanza de ganar las sierras en el primer fracaso y seguir la guerra de guerrillas que creían interminable. El General Díaz ocupó á Puebla después de un ataque sangriento, derrotó á Márquez y lo encerró en México, con la farsa de Regencia que de orden suprema se había constituido en aquella Ciudad. Escobedo, Corona y Régules se dirigieron sobre Querétaro que sitiaron á su vez y en aquellas dos plazas quedaron en definitiva circunscritos todos los elementos militares del imperio y todos los ensueños de triunfo de la reacción. La cuestión militar tocaba á su punto, la victoria de la República era simple cuestión de tiempo y las operaciones de sitio en México y en Querétaro se siguieron prudentemente, ahorrando el derramamiento de sangre y esperando sin impacencias peligrosas el desenlace que, aun para los más pesimistas, no podía ser otro que el aniquilamiento del Imperio y la muerte de la reacción conservadora. En efecto, Querétaro á pesar de los desesperados esfuerzos de los Miramón, los Mejía, los Castillo y los Mendez cayó en poder de los republicanos y México, donde se había refugiado Márquez, el soldado más hábil y más audaz de la reacción, como custodio de la llamada Regencia, se entregó á sus sitiadores.

Casi todos los corifeos de nuestras guerras civiles, casi todos los mantenedores del oscu-

rantismo, por la fuerza quedaron en unión de su llamado Emperador á merced del Gobierno legítimo. Era la ocasión de cortar de raíz, la gangrena que por más de medio siglo había detenido la natural evolución del país, castigando severamente á los que, ofuscados por el fanatismo religioso y político ó cediendo á las exigencias de sus pasiones malsanas, ensangrentaran sin piedad el territorio de México llegando hasta la traición para conseguir sus intentos. El país todo clamó justicia y Juárez á quien imponía esta nueva misión su propio triunfo, hubo de levantarse á la altura de esa misión aceptando sereno, sin vacilaciones, sin enternecimientos impropios del que tiene en sus manos el porvenir de un pueblo, la responsabilidad terrible de hacer fecunda, en el concepto social, la victoria de las armas. México tenía leyes para juzgar á los aventureros y los traidores, tenía Tribunales que aplicaran esas leyes y tenía fuerza moral y material para ejecutar los fallos que dictasen sus Tribunales; y el Gobierno entregó los culpados á sus Jueces, procuró la mayor amplitud en los juicios y ejecutó con entereza las sentencias, ofreciendo á las miradas del mundo y de la historia, después del grandioso espectáculo de la lucha encarnizada y sangrienta en nombre del derecho, el pavoroso espectáculo de la justicia nacional cumplida.

Con el triunfo definitivo de la Nación vino otra tarea fatigosa y ruda. Había que reconstituir el país, qué dar al Gobierno los elemen-

tos para la conservación del orden y de la paz, qué formar la hacienda pública, qué organizar el sistema educativo, qué abrir las fuentes de la riqueza, qué convertir todos los resortes administrativos en factores de prosperidad y qué presentar á la República digna y respetable como Entidad Internacional.

Juárez emprendió esa tarea gigantesca con el mismo empeño tenaz, con el mismo patriótico ardimiento de que había dado prueba brillante en las horas de la lucha tormentosa y de la angustia suprema de la Patria, haciéndose superior al sufrimiento y á la fatiga y dominando con heroica entereza sus pasiones propias y las ambiciones y las tendencias de sus amigos ó partidarios personales, con la serenidad de criterio solo suya y una alteza de miras tanto más admirable cuanto que en ese último período de su labor abnegada, no faltaron al corazón y al espíritu del grande hombre las decepciones más profundas y las amarguras más íntimas.

En pleno período de actividad reconstructora le sorprendió la muerte, como si el destino no hubiese querido permitir que el salvador de la República, el fundador de la democracia mexicana, el autor de la reforma social y política de esta Nación tanto tiempo azotada por la desventura y que él había redimido cuando ya comenzaba el naufragio de sus instituciones, se proclamase también autor del poder, de la prosperidad y la grandeza que serían consecuencia necesaria de la titánica obra por él tan glo-

riosamente cumplida. A su muerte un crespón de tristeza se extendió por el cielo de México, y el país sintió el estremecimiento siniestro con que se manifiesta la cesación de la vida.....

Pero la influencia benéfica de los seres superiores no puede circunscribirse á los límites estrechos de su existencia material, sus obras son perdurables y siguen desarrollándose vivaces y florecen y fructifican largo tiempo después que sus autores han desaparecido. Juárez plantó, y plantó con el acierto del vidente los fundamentos de nuestro orden social, trazó el camino que debían seguir todas las fuerzas complexas que constituyen el poder público, estableció las bases sólidas sobre que se apoyaría la educación nacional, marcando esta obra con el sello de su génio y prestándole el prestigio de su memoria augusta para hacerla imperecedera.

Tales son, en síntesis descolorida y rápida, los méritos con que el indio sublime de Guelatao, la más grande si no la más brillante personalidad del pasado siglo, pudo conquistar el amor, la devoción ferviente y la perenne gratitud de sus conciudadanos.

No incurriré en el error de atribuir á Juárez y á Juárez exclusivamente, por mucho que venere su nombre, por mucho que tribute á su memoria religioso culto, toda la gloria que

irradia del ciclo histórico de que vengo haciendo referencia. Yo sé que nunca es lícito borrar el nombre de una Nación para escribir el de un hombre, sé que las grandes victorias las obtienen los pueblos y que los pueblos realizan las grandes conquistas y fundan las grandes civilizaciones: en derredor de Juárez percibo una pléyade de pensadores y de guerreros que, como Lerdo y Ocampo, como Mata y Arriaga, como Alvarez, Comonfort y Degollado, como Zaragoza y Escobedo, Díaz y Corona, se ofrecieron en holocausto á la Patria, consagrándole, sin condición y sin reservas, todas las energías y todos los instantes; distingo más lejos la multitud anónima de héroes, de apóstoles y de mártires que ni el solo premio de la recordación demandan á la historia; y veo por fin al pueblo que, dígame lo que se quiera de su ignorancia y de sus vicios atávicos, ha tomado parte importantísima, con fe ardorosa y con entusiasmo consciente, en todas las jornadas de la nacional epopeya. Pero la Historia nos presenta á Juárez al frente de los pensadores, inspirando ó dando forma y autoridad á las concepciones más audaces y profundas; nos lo ofrece dirigiendo la acción de los guerreros y educando y alentando los patrióticos entusiasmos populares y no podemos menos que ofrecer al grande hombre, en el que toda una generación

viril y robusta había encarnado su causa, el homenaje que esa misma generación le consagrara reconociéndole como supremo Jefe.

Hace poco más de medio siglo que nuestra revolución social y política derramó sobre el cielo de la República sus primeros resplandores y ya podemos juzgar, con seguro criterio, de sus frutos. Los hechos, con lógica incontrastable, han venido á confirmar la bondad de las concepciones, condenadas por antisocialistas ó tenidas por utópicas de los reformadores. La Constitución y la Reforma han sido en definitiva íris de paz y vínculo de estrecha unión para los mexicanos de todas las comuniones; con la Constitución y la Reforma nuestra nacionalidad resistió victoriosa la ola envolvente de la invasión extranjera; con la Constitución y la Reforma pudo Juárez, tras la inmensa catástrofe del llamado Imperio, devolver á la Nación su bandera inmaculada, su territorio íntegro y su honra limpia de la calumnia con que propios y extraños habían pretendido mancharla; con la Constitución y la Reforma nuestras fronteras se han abierto y nuestra existencia ha podido vivificarse en el contacto íntimo de las civilizaciones de los demás pueblos; con la Constitución y la Reforma se ha hecho la paz estable y á su sombra se desarrollan y ensanchan las fuerzas vivas del

país, centuplicando los elementos de fuerza, de riqueza y de poder, que son garantía segura de respeto en el orden internacional.

Todos estos bienes, en su origen y su fundamento, son aún la obra de Juárez, que con su ejemplo y con sus enseñanzas, supo elevar las clases humildes á la dignidad de la ciudadanía, que hizo una patria de lo que solo fuera una denominación geográfica, y conquistó para esa patria el respeto y la estimación del mundo civilizado. Por eso la celebración de su natalicio no es la banal ceremonia con que se estimula la vanidad de un triunfador cualquiera; sino la manifestación augusta y solemne con que la gratitud nacional consagra, en himno que resuena del uno al otro confin del territorio, el nombre venerando del Padre de la Patria.

*Enrique Gorostieta.*



II.

*BIOGRAFIA.*

**Benito Juárez.**

*1,806.*

*1,906.*

En San Pablo de Guelatao, del Distrito de Ixtlán, perteneciente al Estado de Oaxaca, nació el 21 de Marzo de 1,806, Benito Pablo Juárez.

Fueron sus padres, Marcelino Juárez y Brígida García, indios ambos del propio pueblo de San Pablo de Guelatao.

Sus abuelos paternos fueron, Pedro Juárez y Justa López, y los maternos, Pablo García y María García.

Los bienes de fortuna que poseían los padres de aquel infante, consistían en una choza, un pequeño campo de labor y algunos animales domésticos.

A la edad de tres años, Juárez quedó huér-